

errores en los que habrían incurrido los responsables del centroderecha español.

Con todo, si el liberalismo conservador quiere tener un futuro, va a tener que enfrentarse (y triunfar) al desafío planteado por un “nacionalismo periférico” que, en el caso de Cataluña, ha dado pie a un separatismo sin complejos, y cuyas posiciones gozan de un prestigio intelectual y moral entre una izquierda como la española, cuyo antiliberalismo le ha llevado a despreciar profundamente a la nación española como elemento de integración y de concordia y, por otra parte, va a tener que plantear un proyecto nacional propio que lo sustraiga de ser la mera comparsa de las políticas disgregadoras de esta izquierda. Por el momento y, aunque los autores no expresen ninguna opinión en este sentido, parece que en España hay una derecha que ha decidido adoptar la estrategia del espejo y otra que, aunque se reclame heredera del liberal-conservadurismo, ejerce como mera comparsa de la izquierda.

EMILIO DANIEL VILLARREAL



Le monde selon Tocqueville

Combats pour la liberté

NICOLAS BAVEREZ

Tallandier. París, 2020. 336 páginas.

Nicolas Baverez está considerado como un gran especialista del pensamiento y la obra de Raymond Aron, y en cierto modo viene a ser su continuador. Representa un liberalismo que siempre ha sido minoritario al otro lado de los Pirineos. Aron fue un “espectador comprometido” durante los años de la Guerra Fría, un solitario que aún creía en los valores de la Ilustración cuando los intelectuales franceses se entregaban de modo acrítico al marxismo y al posmodernismo. Pero años antes que Aron existió Alexis de Tocqueville (1805-1859), un precedente del propio Aron en muchos sentidos. Tocqueville se anticipó a muchos

hechos que sucederían en el siglo XX, si bien el libro de Baverez, *Le monde selon Tocqueville*, pretende demostrar, y lo consigue, que también se anticipó al siglo XXI. Este libro está lejos de ser una mera antología de textos cuidadosamente seleccionados. Está precedido de una detallada introducción biográfica, a la que sigue la selección de textos, clasificados por temas, pero sobre todo comentados de forma breve e incisiva.

Más de una vez podríamos pensar qué sucedería si los políticos leyeran a Tocqueville. Es una idea que surge tras la lectura de la obra, y que Baverez también ha llegado a recomendar a Macron en uno de sus artículos para *Le Figaro*. Sin embargo, creo que no es fácil que un político en activo saque enseñanzas aplicables del pensamiento de Tocqueville. Los condicionantes de un gobernante en una época en que la política se está reduciendo al arte, que no a la ciencia, del *marketing*, impiden que la mayoría de las propuestas tocquevillianas tengan eco en la opinión pública. No es extraño porque Tocqueville sintió en sus carnes la soledad política y la incompreensión. Procedía de una familia aristocrática perseguida durante la Revolución francesa, si bien no compartía los ideales del

legitimismo borbónico, que fue barrido de Francia en la Revolución de 1830. Por un tiempo, pensó que la monarquía de Luis Felipe de Orleáns, que se dotó de una carta constitucional, era el régimen adecuado para su país. Sin embargo, la corrupción política y la inconsciencia del gobierno precipitaron su fin, que Tocqueville pronosticó en la Cámara de los Diputados un mes antes de la Revolución de 1848. En la Segunda República, Alexis de Tocqueville desempeñó durante unos meses el puesto de ministro de Asuntos Exteriores. Bien pronto se dio cuenta de que el régimen republicano tenía los días contados, pues el presidente, Luis Napoleón Bonaparte, no aceptaría la cláusula constitucional que impedía su reelección. El golpe de Estado de 2 de diciembre de 1851 dio una vez más la razón a nuestro autor. Llegó así el Segundo Imperio de Napoleón III, en el que Tocqueville escogió el exilio interior y se dedicó a sus trabajos de historiador y a sus asuntos domésticos. En contraste, una gran mayoría de los franceses, incluyendo a sus dos hermanos, prefirió el gobierno de un hombre fuerte que prometía a sus seguidores restaurar las glorias del Primer Imperio. La prosperidad económica llenó gran parte de ese período, pero una errática política exterior

precipitó su fin, que Tocqueville también predijo, aunque no viviera para verlo.

Tocqueville fue abandonado por la política y los políticos. Tuvo enemigos entre los legitimistas, orleanistas, bonapartistas y republicanos. El problema de nuestro autor era que detestaba por igual la demagogia y el autoritarismo. Solo le quedó la triste impotencia de comprobar que sus análisis eran correctos. Fue un intelectual, al igual que Raymond Aron, que tuvo que asumir el ingrato papel de la Casandra mitológica a la que nadie hacía caso en sus pronósticos.

Nicolas Baverez recuerda en la introducción las tribulaciones de Alexis de Tocqueville, hombre de lúcida inteligencia y espíritu apasionado, pero que conoció muchos momentos de abatimiento de los que su mujer, la inglesa Mary Mottley, fue la única que logró levantarlo. Su viaje a EE. UU., del que salieron los dos volúmenes de *La democracia en América*, fue más un viaje al futuro que al presente. Buscó modelos para aplicar en Francia, aunque detectó enseguida la vulnerabilidad interior del país norteamericano, algo que anunciaba la futura guerra civil entre nordistas y sudistas. Sin embargo, fue Inglaterra el modelo político preferido por Tocqueville,

ya que el sistema liberal se había consolidado allí desde finales del siglo XVII. En contraste, discrepó del modelo colonial aplicado por Francia en Argelia, un modelo militarista que separaba a la población árabe de la europea.

Uno de los capítulos más interesantes del libro es la asombrosa capacidad de Tocqueville para hacer retratos psicológicos de los políticos de su tiempo. El *marketing* político pretende separarlos y construye un relato a medida, pero no se puede separar el carácter del individuo de sus actividades políticas. En Luis Felipe de Orleáns vio el claro vínculo entre una crisis moral y política, pues la ceguera del rey llevó a la caída de la monarquía. Por mucho que el monarca respetara la letra de la carta constitucional, no hizo lo mismo con su espíritu. No quiso admitir que su casa estaba ardiendo por los escándalos financieros que le rodearon. Como bien dice Tocqueville, creyó estar a salvo por el mero hecho de llevar la llave de la casa en el bolsillo. El retrato que hace de Napoleón III es el de un hombre mediocre, repleto de amor propio y acostumbrado a una vida entre conspiraciones. Afirma que su pasión por lo vulgar y su gusto por el bienestar aumentaron cuando se convirtió en presidente

de la Segunda República a finales de 1848. Era de los que afirmaban su creencia en el destino, el suyo propio, y su admiración abstracta por el pueblo, pero no apreciaba demasiado la libertad. Su odio y desprecio por las asambleas representativas hacían imposible que optara por ser un monarca constitucional.

La trayectoria de Tocqueville le convierte en un firme defensor de los derechos del hombre, presentada en otro capítulo. El combate por los derechos no implica ni mucho menos el abandono de la causa de la libertad, una paradoja practicada por los revolucionarios exaltados de la Primera República. Su defensa de los derechos conlleva la crítica del esclavismo en EE. UU. y de la supeditación de la autoridad civil a la militar en la Argelia colonial. Se opondrá también a las teorías racistas del conde de Gobineau, que cobraron auge a mediados del siglo XIX y que influirían en las aberraciones del darwinismo social cometidas a lo largo del siglo XX. Tocqueville está convencido de que dichas teorías ponen en peligro al conjunto de la sociedad.

Ni que decir tiene que uno de los aspectos recurrentes en el libro, pues está presente en el pensamiento tocquevilliano, es la supuesta oposición entre libertad e

igualdad. A este respecto, Tocqueville subraya que no es la libertad la que fundamenta la igualdad de condiciones, sino que la igualdad lleva a la libertad. Intuye, sin embargo, la existencia de una democracia que restrinja las libertades, y señala que la libertad de opinión y la libertad de prensa son inseparables de un sistema democrático. Acierta al señalar que la democracia no elimina el riesgo de una revolución, pero la existencia de unas clases medias contribuye decisivamente a reducir dicho riesgo. Pero el gran problema de los pueblos democráticos, tal y como señala certeramente Tocqueville, es que aspiran a la igualdad en la libertad, aunque si esto no fuera posible, la preferirían en la esclavitud.

Cabe hacer mención del capítulo dedicado a los fundamentos religiosos de la libertad. Es cierto que Tocqueville perdió la fe en su adolescencia, si bien nunca dejó de afirmar en sus escritos la importancia de la religión en el nacimiento y la estabilización de la democracia. Lamentó lo que sucedía en Francia, donde hombres religiosos combatían la libertad y amigos de la libertad atacaban a las religiones. Todo un contraste con la tolerancia que había contemplado en EE. UU. Pese a todo, Tocqueville

afirmaba la compatibilidad entre la democracia y el catolicismo. Hubo una época, la del absolutismo, en la que el catolicismo vinculó su suerte a la monarquía de derecho divino, y sufrió persecución cuando esta se vino abajo. Sin embargo, el catolicismo tiene las suficientes virtudes para congeniar con la democracia. Por el contrario, la actitud antirreligiosa, pese a lo que algunos creen, no es favorable a la libertad. Quien atenta contra la libertad religiosa, lo hará también contra otros derechos y libertades.

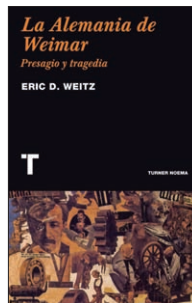
Frente a lo que suele pensarse de algunos intelectuales liberales, Alexis de Tocqueville tenía gran interés por la naciente sociedad industrial y la cuestión social. Su importancia se puso de manifiesto en la fracasada insurrección obrera de junio de 1848 contra la república burguesa. Tocqueville criticó tanto aquel movimiento revolucionario como la represión militar indiscriminada del general Cavaignac. La monarquía orleanista había caído también por el hecho de no haber sabido percibir una de las primeras crisis del capitalismo industrial, pero un sistema democrático tenía la obligación de preocuparse de las condiciones de trabajo de los obreros. Tocqueville era consciente del surgimiento de nuevas desigualdades derivadas del hecho

del control por una nueva aristocracia de los medios de producción. En su opinión, esa aristocracia fabril empobrece y embrutece a los hombres, y les entrega a la caridad pública cuando tienen necesidad de alimentarse. La solución no era la revolución, preconizada por el Manifiesto Comunista, publicado en el turbulento 1848, sino el acceso de todos a la propiedad. La aparición de una clase media preservaría el orden social y las instituciones democráticas. Pero Tocqueville llegó mucho más allá: presintió la llegada del Estado intervencionista en la economía, plasmado durante las dos guerras mundiales. El soberano sería el primer empresario.

Tocqueville es considerado también por algunos como uno de los padres de la Sociología, más incluso que el propio Comte, sobre todo porque sabrá anticipar los rasgos de lo que será una sociedad democrática. En ella se daría la paradoja de que el individualismo sería más radical que en el Antiguo Régimen. La democracia, régimen del triunfo de la igualdad, contribuiría al repliegue del individuo sobre sí mismo y a la atomización. Lo resume brillantemente en esta frase lapidaria: “La democracia hace olvidar a los hombres sus antepasados, y les separa de sus

contemporáneos”. Pero lo que aquí critica Tocqueville no es tanto la democracia sino el individualismo. El individualismo lleva a la muerte de la sociedad civil y a que un Estado todopoderoso, que además se proclama demócrata, intente llenar su lugar. El pensamiento de Tocqueville sigue siendo un arsenal de ideas para el siglo XXI que Nicolas Baverez ha sabido reunir.

ANTONIO R. RUBIO PLO



Los ecos de Weimar

La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia

ERIC D. WEITZ

Edición de Gregorio Cantera. Traducción de Ana Bravo. Editorial Turner. Febrero de 2019. 528 páginas.

Un siglo más tarde, la República de Weimar (1919-1933) sigue suscitando un interés que trasciende el ámbito de los

historiadores. Sin ir más lejos, la mayor producción alemana en el género de moda, las series de televisión, es *Babylon Berlin*, en la que el inspector de policía Gereon Rath vive intensamente las contradicciones de la capital alemana de entreguerras, de aquel hervidero de bohemios y confabuladores.

Quizás sea la repentina e inédita libertad en todos los ámbitos de vida, o la eclosión de una cultura vanguardista en todos sus frentes, lo que nos llama la atención de aquellos años. Quizás es la atracción fatal de un tiempo lleno de anhelos revolucionarios y profundos resentimientos, que se inauguró con grandes esperanzas y desembocó en el peor de los populismos y la peor de las dictaduras, el nazismo. Lo que es seguro es que los ecos de aquel pasado son lecciones para el presente, son una advertencia sobre la polarización social y la fragilidad de la democracia, por lo que no es de extrañar, pues, que sigan reeditándose y leyéndose los diarios y las novelas de aquellos autores o produciéndose nueva literatura sobre aquella época.

Para adentrarnos en su sociedad, en su política y, sobre todo, en su cultura, el libro de Eric D. Weitz es una de las mejores opciones. Antiguo